

La no-dualidad de ecología y economía

Por **David Loy**

“El estilo de vida estadounidense no es negociable”

Declaró el Presidente George H.W. Bush en 1992 en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro. Fue su respuesta a lo que todo el resto compartía: la ecología terrestre peligraba y que, en palabras de Maurice Strong, secretario general de la conferencia, “nada sino una transformación de nuestras actitudes y conductas conllevará los cambios necesarios” para protegerla.

En 2002 hubo una segunda reunión de continuidad, pero el Presidente George W. Bush no se molestó en ir. Cuando se le preguntó a su secretario de prensa en la Casa Blanca, Ari Fleischer, si el nuevo presidente motivaría a los estadounidenses a reducir su consumo para bajar la contaminación, dijo que no, que “el estilo de vida estadounidense está bendito”.

¿Qué sucedió durante esos diez años? Desgraciadamente, no mucho. Después de la Cumbre de la Tierra parecía que el mundo había finalmente despertado a la crisis ambiental y por algunos años noté que casi todos los reportajes periodísticos acerca de la industria petrolera hacían mención al calentamiento global. Pero más tarde... el mundo pareció dormirse nuevamente. La crisis ambiental no había sido olvidada, pero el vínculo entre ecología y economía había perdido visibilidad. La razón para los magros avances era que no se puede hacer mucho sin abocarse a la interconexión de medioambiente y economía.

¿Por qué sucedió tan poco en esa década? Adivino dos reacciones que se reforzaron mutuamente. Las corporaciones, especialmente las compañías petroleras, se dieron cuenta que el nuevo movimiento verde constituía una amenaza para sus ganancias y, en vez de reestructurarse, decidieron dar la pelea a través de propaganda masiva destinada a opacar el asunto y negar el cambio climático. (Jim Hansen, líder de NASA y el más respetado climatólogo a nivel global, llamó a esta campaña de desinformación “crimen contra la humanidad”).

Simultáneamente, los consumidores comenzaron a darse cuenta de lo mismo, que la crisis ambiental constituye un serio desafío al consumismo y que en vez de cambiar el “bendito estilo

de vida estadounidense” era más fácil ignorar el problema. Después de todo, los expertos difieren, ¿o no? El resultado fue la negación masiva. A algún nivel de conciencia muchos si no la mayoría sabían que el ambiente se deterioraba, pero eso no alteró nuestra cotidianeidad. En tanto la economía florecía, la mayor parte de nosotros consumía más que nunca.

Como resultado de todo esto se ha perdido tiempo valioso y la necesidad de cambios drásticos se ha hecho más urgente. Pero esto no ocurrirá en tanto no reconozcamos la no-dualidad del medioambiente y la economía. Aunque la mayoría todavía lo ve como un mero problema tecnológico, a ser solucionado a través de reducciones de las emisiones de carbono, el carbono atmosférico es solamente la punta de un témpano mucho más grande. De acuerdo al Programa de Naciones Unidas para el Medioambiente, uno de cada cuatro especies de mamíferos, una de cada ocho especies de aves, uno de cada tres anfibios, y setenta por ciento de todas las plantas del planeta están amenazadas. Según eminentes biólogos, tales como Edward O. Wilson de la Universidad de Harvard, antes del año 2100 el calentamiento global, la deforestación, la agricultura y urbanización podrían llevar a la extinción a la mitad de las especies del planeta. Noventa por ciento de los peces de gran tamaño ya han sido llevados a la extinción. La reducción de las napas freáticas es ya un problema global y desde 1950 el planeta ha perdido cerca del treinta por ciento del suelo arable y de la fertilidad edáfica.

La mayor parte de nosotros ya conoce estos desgraciados hechos, pero demasiado frecuentemente estas estadísticas permanecen abstractas y desconectadas de nuestras vidas. Pasamos por alto las instituciones que median entre la biosfera y nuestros patrones de consumo: una economía global que es hoy siete veces mayor que en 1950. El hecho que veinte por ciento del bosque amazónico (“pulmón del planeta”) ha sido talado en las últimas décadas debe ser unido a nuestra “necesidad” de más soja para alimentar ganado y cerdo para consumo humano. El hecho de que casi todas las especies de peces de gran talla estén peligrando es consecuencia de que se cosechan indiscriminadamente los océanos con enormes redes de arrastre. La mayor parte del agua se usa para la agricultura y manufactura, grandes superficies de suelos fértiles se pierden debido a la agricultura industrial. Y así continúa y sigue.

Sería un serio error culpar de todo al capitalismo. La mayor parte de nosotros (al menos en el “mundo desarrollado”) se ha beneficiado del bienestar generado por su dinamismo innovador. La antigua Unión Soviética no era capitalista- fue un ejemplo clásico de “socialismo controlador”- y su historial medioambiental es quizás el peor de entre todos los países

desarrollados. Lo que capitalismo y socialismo de estado comparten es su preocupación por la industrialización, que se ha acelerado y adquirido vida por sí misma.

Hoy el socialismo está más bien acabado y el capitalismo global es norma. Consecuentemente, nuestra relación con la biosfera y sus ecosistemas está en gran medida mediada por lo que hacen las corporaciones. Y lo que las corporaciones hacen es producir utilidades, independientemente de sus consecuencias ecológicas, que todavía tienden a ser ignoradas o cuando es posible, “externalizadas”.

La consecuencia de todo esto es un sistema económico no sostenible, apoyado en una visión equivocada del mundo. Todas las economías del planeta dependen de la biosfera, pero aún nos cuesta entender lo que esto significa. Sí, significa poner fin a nuestros hábitos de siempre. Se trata del mayor desafío al capitalismo de consumo y a sus corporaciones. Corporaciones que deben mutar a algo diferente o ser reemplazadas. Y esta es una transformación que los budistas deberían adoptar y estimular pues está implícita en las enseñanzas del Buda.

Los medios han estado contándonos que la crisis financiera – que está lejos de terminarse debe a la ambición de los especuladores de Wall Street y al gasto excesivo de los ciudadanos. Sin embargo, el problema es más profundo y nuestra tesis es aún más drástica. La codicia no es un virus que ha infectado el disco duro, sino el fundamento de nuestra economía.

El budismo no dice mucho acerca del mal, pero enfatiza las tres raíces del mal: la codicia, la animadversión y la ignorancia. El problema básico de nuestro sistema económico actual es que institucionaliza la primera de esas raíces. Como decía recientemente George Lakoff, la crisis económica y ambiental comparten las mismas causas: el mercado no regulado, la idea de que la codicia es buena y que el mundo natural es un recurso para el enriquecimiento individual de corto plazo. El resultado ha sido que las inversiones se han hecho tóxicas, carentes de base real, y la atmósfera también se ha hecho tóxica (Huffington Post, 22 Mayo 2009). Dos lados de la misma moneda.

La ambición también toma dos formas. “En una sociedad de consumo hay dos clases de esclavos: los prisioneros de la adicción y los prisioneros de la envidia” (Ivan Illich).

La primera noble verdad del Buda identifica a “dukkha”, la falta de satisfacción, como inherente al ser humano. Es parte de la naturaleza de la mente todavía dormida sentirse molesta con algo. Habitualmente experimentamos esto como un sentimiento de que “algo anda mal conmigo”. Nuestro sistema económico (incluyendo las grandes corporaciones que hacen sus

utilidades en la publicidad) se aprovecha de esto y nos condiciona a entender nuestro sentimiento de carencia como un “no tengo suficiente...”- especialmente no suficientes objetos y no suficiente dinero. Consecuentemente, siempre queremos (“necesitamos”) más. Esta carencia individual se institucionaliza en una añoranza colectiva que no puede ser nunca satisfecha. Los inversionistas procuran aumentar sus utilidades en forma de dividendos y aumentos en el precio de sus acciones bursátiles. Esto presiona a los ejecutivos empresariales que deben compartir este modo de pensar, so pena de no ser promovidos. Esta expectativa generalizada se traduce en demanda constante e impersonal por más utilidades y más crecimiento, que requiere de más producción y consumo, así como de publicidad cada vez más sofisticada que nos hace querer hoy cosas que frecuentemente no existían el año pasado.

Una manera de mostrar el principal problema es viendo que el capitalismo trata de usar capital (dinero para inversiones) para crear más capital. Dado que el objetivo es tener más dinero, todo el resto se convierte en medios para ese fin. “Todo el resto” en este caso incluye la Madre Tierra (“recursos”), vidas humanas (“trabajo”) y la sociedad misma (debemos adaptarnos continuamente a los requerimientos cambiantes de la economía).

La ironía última es que el dinero en sí mismo no tiene valor. Los papeles y los números en cuentas bancarias tienen valor solamente porque son un medio socialmente aceptado de intercambio. Un billete de cien dólares es solamente un pedazo de papel. No lo podemos comer, beber, o montarlo para viajar, etc. Olvidamos que el dinero es una construcción social-una especie de fantasía grupal. El antropólogo Weston LaBarre lo llamó una psicosis que se ha hecho normal, “un sueño institucionalizado que todos tenemos simultáneamente”.

Este sueño puede convertirse en pesadilla. Sicológicamente, el peligro está en que se confunden medios y fines, de modo que los medios para vivir se transforman en su meta. El filósofo Schopenhauer llamó al dinero “felicidad abstracta”, esto es no felicidad genuina sino algo que la representa en nuestra cultura. Puesto de otro modo, el dinero se convierte en “deseo congelado”: no es deseo por nada en particular, pero un símbolo de la satisfacción del deseo en general. ¿Y qué dice el Buda acerca del deseo? Congelado o no, sigue siendo la raíz fundamental del sufrimiento.

Es decir, lo que mueve a nuestra economía es el impulso a usarlo todo (ahora “recursos naturales”, incluyendo “recursos humanos”) para crear algo que en realidad es nada. Habitualmente no percibimos lo absurdo del asunto porque nos preocupa con el más y más que produce el sistema. El hecho que tantos de nosotros ya tengamos más de lo necesario es

opacado manipulando nuestra conciencia, de modos cada vez más sofisticados, que nos llevan a desear siempre algo que aún no tenemos. Siempre se trata del próximo ----- (usted llena el espacio), que finalmente nos satisfará.

Max Frisch dijo que la tecnología es el truco por el cual modificamos el mundo que no tenemos para experimentarlo. Esta es la razón por la cual las tecnologías modernas armonizan tan bien con el capitalismo consumista, que busca transformar a toda la biosfera en bienes de consumo. Juntos hacen del planeta un gigantesco supermercado.

El sistema no es sostenible por cuanto se basa en una obsesión por el crecimiento, que sin atajo no cesará hasta que toda la biosfera se haya convertido en ganancias, las que por supuesto para entonces serán inútiles. El capitalismo tenía más sentido hace un par de siglos, cuando el planeta parecía infinito y el capital era aún escaso. Hoy día la metáfora obvia es el cáncer a nivel planetario. Las células se hacen cancerosas cuando mutan a un crecimiento descontrolado y se diseminan por el cuerpo, corrompiendo su sano funcionamiento. Desgraciadamente, esta no es una mala descripción de nuestra situación actual.

¿Acaso no se trata de elegir entre nuestro sistema económico/financiero y la supervivencia de la biosfera? Nuestro sistema actual está condenado del mismo modo que el cáncer está siempre condenado: Si no mata al huésped, se mata a sí mismo. Si la biosfera enferma, nosotros enfermamos. Si colapsan los sistemas ecológicos, también lo hará la civilización tal cual la conocemos.

A pesar de lo que ambos presidentes Bush declararon, el “bendito estilo de vida estadounidense” es negociable – o se transforma en un pacto suicida.

Esto significa que el colapso financiero es en realidad una excelente oportunidad para solucionar un problema mucho más serio. Nadie debiera tomarse en forma ligera el dolor económico que podemos esperar que continúe y se profundice en los próximos años. Muchos, quizás la mayor parte de la gente están disgustados con el actual sistema, haciéndose más permeables a nuevas opciones. Sería terrible dilapidar la crisis actual porque una oportunidad así no es frecuente. No hay mejor oportunidad que ésta para enfocarnos en el problema fundamental de nuestros tiempos: la relación íntima entre nuestro sistema económico fuera de control y autodestructivo, y la crisis medioambiental.

Salvo los EEUU no hay ninguna otra nación que se encuentre en la posición de cambiar esa relación y por eso es que el liderazgo de B. Obama en estos asuntos es tan importante. Hay que

admitirlo, es un gran desafío. De acuerdo al Centro para la Integridad de Asuntos Públicos¹, durante el año pasado más de 770 corporaciones y grupos de intereses especiales contrataron unos 2340 cabilderos para influenciar las políticas del gobierno federal con respecto a cambio climático. Ese número ha crecido tres veces durante los últimos cinco años, llegándose a tener ahora más de cuatro cabilderos por el cambio climático por cada miembro del congreso. El Centro estima, además, que los gastos de cabildeo llegaron a un máximo de noventa millones de dólares el año pasado, cifra que sin dudas será mucho mayor este año.

Esto pone sobre el resto de nosotros la tarea de enfatizar la no-dualidad de medioambiente y economía. Hasta el momento las nominaciones de Obama en el campo económico no han sido alentadoras. Algunos de los responsables de la crisis financiera han sido nombrados para arreglarla. No es sorprendente entonces, que la única solución que conciben es parchar el sistema actual. Pero ellos representan un problema aún mayor: la gente que más se beneficia del sistema actual y que por lo tanto tiene los menores incentivos para cambiarlo – son los que lo controlan y (a través de sus cabilderos) también gran parte del proceso político subyacente. Como Will Rogers lo dijera hace unos ochenta años atrás, (aún) tenemos “el mejor congreso que el dinero puede comprar”.

No obstante, Obama nos da esperanza que puede levantarse y ponerse a la altura del desafío. Pero ni aun con la mejor voluntad, esto no es algo que Obama (o nadie más) pueda hacer por sí mismo. Poco sucederá sin la presión de un apoyo público masivo basado en una comprensión distinta de nuestra peligrosa situación. Esto no quiere decir un movimiento budista, pero la necesidad de una voz budista en ese movimiento, para enfatizar la no-dualidad con el planeta, y los efectos kármicos de la codicia y el engaño tanto a nivel individual como institucional.

El Lotus Sutra habla de bodhisattvas emergiendo de la tierra para presentar el dharma. ¿Acaso no es tiempo para que emerja un nuevo tipo de bodhisattvas para proclamar el dharma que defiende al planeta?

David R. Loy, Mayo-Junio 2009

Traducción Eduardo Fuentes

Fundación Maitreya

¹ Center for Public Integrity en el original